

El futuro Graham Greene

EL grandísimo novelista que llegaría a ser Graham Greene se adivina en *Brighton Rock*, es más, diríase que su característica aleación de soltura narrativa, no exenta de rigor estilístico, y de fondo de ideas, fragua ya en esta novela de 1938. Tras el éxito de su ópera prima *Historia de una cobardía*, Greene había realizado su particular travesía del desierto, repudio incluido de su segunda y tercera obras, al cabo período de formación, que culmina, a sus treinta y cuatro años, con el libro que nos ocupa e inicia una etapa fecunda y brillante de su trayectoria: inmediatamente después publica *El agente confidencial*, en 1940 *El poder y la gloria* y al poco *El ministerio del miedo* o *El tercer hombre*.

De ahí la pertinencia de su recuperación por parte de Libros del Asteroide, que con anterioridad había hecho lo propio con *El revés de la trama* y *El final del affaire*, justificable, por otra parte, por sí misma, al no faltarle cua-

lidades. A la difícil facilidad narrativa, trepidante, pues la novela, larga, se lee en vilo, de un tirón gracias al montaje de las secuencias y a cómo ensambla los hilos argumentales para cruzar las vidas, siguiendo una linealidad temporal suspendida por suaves *flash-backs*, sólo los imprescindibles, añade Greene su maestría en los frecuentes diálogos, de una vivacidad inusitada. De vez en cuando se escancian símiles atinadísimos: la muchedumbre «le parecía un bosque espeso en el que un indígena podía preparar su venenosa emboscada». Y no menos destacables son las estampas urbanas, la descripción detallista del bullicio en el hipódromo y sus alrededores, por ejemplo, o el costumbrismo, de índole entre naturalista y expresionista, de los bajos fondos, con bandas y pandillas de barrio, formadas por aspirantes a gánsters, enfrentadas a curtidos mafiosos de cuello blanco, y la policía de por medio, tratando únicamente de calmar los ánimos.

El título alude, según la nota de la edición original, que se reproduce, a «un tipo de caramelo en forma de barra típico de los lugares de veraneo en Inglaterra como el tofe salado lo es en Estados Unidos. La palabra Brighton aparece en los extremos de la barra con independencia de por dónde se rompa». Al parecer estas chuches las vendían «en las tiendas baratas que se plantaban entre el mar y el muro de piedra» de esta ciudad turística. Cuando el tunante pendenciero con impulsos criminales se casa, para asegurarse su silencio, con una chica candorosa a la fuerza, le compra uno de estos caramelos mientras pasean y le dice, destapando una de las claves del libro: «Yo nunca he cambiado. Igual que esas barras de caramelo: por mucho que las mordisquees sigue poniendo Brighton. Así es la naturaleza humana».

El comienzo, que nos trae a la cabeza el de *Crónica de una muerte anunciada*, es de cuidado: «Hale supo que querían asesinarlo cuando no llevaba ni tres horas en Brighton». De sopetón nos identificamos con este infortunado hombre al que «desde pequeño le gustaban los secretos, los escondrijos, la oscuridad», que va libando *gin-tonics* mientras huye no se sabe de quién ni de qué y lo llaman con distintos apelativos. Su fugaz aparición no es óbice para que nos caiga simpático. Greene consigue esto mismo y que comprendamos a cada cual con sus debilidades, que son las nuestras, hasta al delincuente juvenil con ímpetus de asesino nato

o al abogado corrupto que cita a Otello, Hamlet o Fausto. Y no digamos a su indefensa novia o a la mujer metida a improvisada detective, tenaz como un hurón.

Narrador nato, poco dado a las digresiones o a la minuciosidad descriptiva, cuando aparecen no pueden ser más sustanciosas. Así retrata, con cuatro pinceladas, a la mencionada moza oronda, maciza, «corpulenta y risueña» a la que se acerca libidinoso y asustado el personaje que se cree, y con razón, perseguido al principio de la novela: «La mujer olía a jabón y a vino, a consuelo y a paz y a un deleite físico lento y soñoliento». No es otra que Ida, una mujer bandera, quien luego investiga por su cuenta, como decíamos, por un prurito de benevolencia, de búsqueda de verdad y de justicia, dónde está el gato encerrado, la muerte de aquel hombre que se le arrió justo antes de su fallecimiento, que la policía atribuye a causas naturales o a un suicidio. La intriga, a partir de este suceso, el averiguar si una muerte lleva a otra y así sucesivamente, se dosifica con mucho oficio y pericia, como es marca de la casa, con un asiento espiritual que aflora cuando un sacerdote, en las palabras que dedica al primer asesinado justo antes de su incineración, acude al binomio clásico belleza-verdad, rubricado por Keats como corolario de «Oda a una urna griega». Luego, permean la trama el vitalismo a pesar de los pesares, la voz apremiante de la conciencia aun acallada por las circunstancias, el pecado, la culpa, el arrepentimiento y

el enfrentamiento, tan caro al novelista, entre el bien y el mal: «El bien o el mal vivían en el mismo país, hablaban el mismo idioma, iban juntos como viejos amigos».

Greene es sin duda uno de los grandes narradores de la centuria anterior, no en vano William Golding afirmó, aparte de considerarlo «único e inimitable», que sería «leído y recordado como el mayor cronista de la consciencia y las inquietudes del hombre del siglo XX». No vamos a descubrir tampoco a estas alturas su capacidad para engranar argumentos y vida interior. Y desde luego nunca defrauda, siempre da la sensación de que escamotea lo sustancial, de que se guarda una si no más bazas incluso tras la resolución del conflicto. J. M. Coetzee ha relacionado *Brighton Rock* con Alfred Hitchcock y Howard Hawks, pues en verdad es destacable la impronta cinematográfica, la atmósfera de film policíaco, de novela negra, presente incluso en algunas apreciaciones laterales: «una rubia con las mejillas como Greta Garbo». No es de extrañar, en este sentido,

que la obra haya sido adaptada dos veces a la gran pantalla. Para Ian McEwan nos transmite la lección de que «una novela seria puede ser apasionante» y ciertamente, al margen de la destreza al trenzar la urdimbre y de la transparencia estilística, Greene demuestra, como de costumbre, ser un maestro en la introspección sobre las relaciones del deseo y las flaquezas, de los celos y los remordimientos y no digamos en la cuestión de si se puede creer en Dios y la fe puede llenar el desierto sin sentido de la existencia tras la instauración de la modernidad. Eso sin contar con que es un experto, y pruebas sobran en cualquiera de los títulos de su carrera literaria, en develarnos las verdaderas bambalinas que están detrás de la comedia humana, que pasan los años, pasan los siglos y sigue siendo la misma, por más que el progreso y los avances tecnológicos parezcan haber cambiado el guión y el reparto de papeles. —FERMÍN HERRERO.

Graham Greene, *Brighton Rock*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2022.